

## **INFORMACIÓN BIBLIOGRÁFICA**





**ILARIA MALAGRINÒ, ALTERITÀ E RELAZIONE  
NELL'ESPERIENZA DELLA GRAVIDANZA.  
DALL'ERMENEUTICA ALL'ETICA. ORTHOTES  
EDITRICE, NAPOLI-SALERNO, 2016, 298 PP.**

**ILARIA MALAGRINÒ, ALTERATION AND RELATIONSHIP IN  
PREGNANCY EXPERIENCE. FROM HERMENEUTICS TO ETHICS.  
ORTHOTES EDITRICE, NAPOLI-SALERNO, 2016, 298 PP.**

¿Cuántos equívocos en el debate en torno a la maternidad subrogada no se desharían tras una adecuada comprensión del embarazo? Lamentablemente, resulta difícil encontrar una experiencia tan universal y, a la vez, tan poco atendida por la filosofía como esos nueve meses en los que un cuerpo es (son) dos; dos cuerpos gestantes y "gestandos": uno, el del hijo que crece y hace nacer a la madre que la mujer no era; otro, el de la madre que se gesta conforme permite crecer a su hijo dentro de ella.

El embarazo no sólo tiene una dimensión fisiológica, o sociológica o cultural. También tiene un hondo significado existencial sobre el que la filosofía siempre ha estado llamada a reflexionar, a pesar de siglos de silencio (de *pesante silenzio*, p. 12).

El libro de Ilaria Malagrino es, por esto, un libro necesario. Su autora es una joven filósofa italiana dedicada a la bioética y formada en el pensamiento fenomenológico italiano y francés, que desarrolla actualmente su actividad docente e investigadora en el Instituto de Filosofía de la Actuación Científica y Tecnológica (FAST) de la Universidad Campus Bio-medico de Roma.

Su ensayo sobre la experiencia del embarazo, como la propia autora explica, no pretende ser un punto y final sino un punto de partida, el punto de partida de una reflexión compartida sobre la gestación y su significado antropológico.

La obra nos narra la experiencia de dos cuerpos en uno, de dos identidades que se construyen y se reconstruyen, que se encuentran y se reconocen: madre e hijo. El embarazo es una vivencia que tiene mucho que enseñarnos acerca de nosotros mismos y a la que, especialmente en nuestro tiempo, no podemos ni debemos hacer oídos sordos.

Y es que la gestación no nos habla sólo de la mujer que gesta, ni de la criatura que crece en su vientre. La gestación nos habla del género humano, de su estructura y de su condición (p. 269). Pensar el embarazo pone ante nuestros ojos una metáfora de lo que somos. La fenomenología de la gestación de Malagrino nos hace ver, desde mi punto de vista, dos cosas esenciales: en primer lugar, que somos seres esencialmente relacionales y dependientes, que hallan su identidad en la medida que se encuentran con el otro y que, por tanto, (y, en segundo lugar) poseemos una plasticidad casi infinita, porque construimos y reconstruimos esa identidad nuestra a través de un haz de experiencias vitales de encuentro con nuestros semejantes. Al cordón umbilical sustituyen tras el parto otros cordones, afectivos, emocionales, intelectuales... una red que nos une a lo demás y a la vez nos constituye en lo que somos.

Malagrino comienza poniendo de relieve las insuficiencias de las distintas categorizaciones del embarazo

presentes en la literatura científica (el embarazo como simbiosis, como relación parasitaria, como relación de apego, etc.). A continuación da voz, en primer lugar, a las mujeres. Mujeres que han pensado el embarazo, recorriendo así el pensamiento feminista de la segunda mitad del siglo veinte: Luce Irigaray, Julia Kristeva, Edmée Mottini-Coulon e Iris Marion Young. Por más que las propuestas del feminismo de la segunda mitad del novecientos resulten a Malagrino "inmaduras desde el punto de vista teórico" (p. 269), (y, probablemente, así sea) su inclusión tiene, a mi juicio, pleno sentido, pues nos hace notar las dificultades de pensar la gestación desde las categorías convencionales del pensamiento occidental. En mi opinión, una filosofía del embarazo necesita modos de pensar no sé si femeninos, pero sí necesariamente nuevos. Y es que, como todas las experiencias vitalmente relevantes, el embarazo, contemplado en su esencia, nos hace profundamente conscientes de los "límites del lenguaje". Quizá por eso la autora busque en la fenomenología las respuestas que no encuentra en el feminismo. Porque la fenomenología no apunta a la construcción de teorías sobre las cosas, sino al aprehender las cosas mismas, y al posterior (y secundario) uso del lenguaje como un modo de hacer ver y compartir lo dado en la aprehensión. Las palabras, como un puntero (Husserl), no agotan lo que se muestra, solo lo señalan para que nuestro interlocutor lo vea por sí mismo.

Por eso, Malagrino no se equivoca, a mi juicio, recurriendo a Henry y su fenomenología del cuerpo, cuyas reflexiones la autora aplica al embarazo, entendido como "experiencia de la carne y en la carne". En el siguiente capítulo, de la mano de la ontología ricoeuriana, veremos como identidad y relación convergen en la experiencia de la gestación, descrita por Malagrino como "la única situación en la que la íntima presencia del otro da lugar a una profunda intersección de relación e identificación" (p. 271). Identidad y alteridad no son conceptos opuestos, en cambio, se corresponden. De ahí, la lectura del embarazo como relación de reconocimiento. Madre e hijo se conocen y se reconocen en la medida en que se encuentran.

Hasta aquí, el profundo significado antropológico del embarazo. Pero no se trata sólo de lo que el embarazo dice del ser humano. Además, una fenomenología de la gestación ilumina intensamente muchos problemas clásicos de la bioética (que son abordados en el último capítulo del libro) y, en particular, el problema de la maternidad subrogada. ¿Puede una gestación llevarse a cabo "a cuenta de otros"? ¿puede disociarse de la maternidad?, la "libertad" de gestar para otros, ¿es sinónimo de emancipación o de esclavitud?

Creo que en la obra de Malagrino podemos encontrar algunas respuestas para estas y otras preguntas, y muchos caminos no explorados para meditar sobre la subrogación. Me permito señalar cinco cuestiones acerca de la maternidad subrogada, en mi opinión fundamentales, que emergen de la lectura de esta filosofía del embarazo.

En primer lugar, si con Henry afirmamos que no tengo un cuerpo, sino que soy mi cuerpo, no es difícil deducir que ese cuerpo encinta que soy no puede ser objeto de ningún contrato, sea oneroso o gratuito, porque un embarazo no es algo que ocurra en un cuerpo que yo tengo, o una mera función suya, sino que es algo que me ocurre a mí misma, a ese cuerpo que soy y, por tanto, algo en lo que se empeña toda mi persona.

En segundo lugar, no se trata simplemente de algo que me ocurre a mí, sino de un acontecimiento preñado (nunca mejor dicho) de significación ontológica. El embarazo me pasa a mí (a mi cuerpo), pero me atraviesa con toda su fuerza transformadora. El embarazo me convierte en madre. Malagrino no entra propiamente en el análisis de la maternidad y de los caminos que conducen a ella. Pero de su análisis no cabe duda de que uno de ellos es la gestación. La ilusión de que cabe subrogarse en una experiencia como la de la gestación sólo esconde, desde este punto de vista, un ilegítimo y doloroso aborto de la madre naciente en la mujer gestante.

En tercer lugar, como afirma la autora, citando a Marinopoulus: "un niño sólo puede nacer después del nacimiento de la maternidad de su madre" (p. 276).

El embarazo es una relación absolutamente bidireccional. El hijo, como acabamos de ver, alumbr a la madre en la que deviene la mujer gestante. Pero no puede gestarse sin ella. La subrogación priva al hijo de una madre durante todo el embarazo, pretendiendo sustituirla con una "portadora". Pero el verdadero problema no radica en esa privación, sino en el hecho de que no se puede ser hijo de una "portadora": solo se puede ser hijo de una madre. Así es que no estamos hablando sólo de que el niño deba prescindir del amor de la mujer que le lleva en su seno. La subrogación, al privar de su madre al bebé, le priva también de su condición de hijo. Sin una madre, nadie puede reconocerse a sí mismo como hijo o, lo que es lo mismo, no puede reconocerse en absoluto. El hijo pierde, en sentido profundo, su identidad (identidad, recuerden, es alteridad) en la medida en que resulta privado del encuentro único con su madre.

En cuarto lugar, Malagrino nos ayuda a plantear con mayor claridad el problema de si cabe un consentimiento verdaderamente libre sobre la cesión temporal del útero para gestar y parir un hijo "ajeno". La autora afirma que una decisión libre por parte de la mujer sólo puede traer origen de un conocimiento profundo de la realidad del embarazo, que tenga por objeto no sólo los derechos de la madre gestante, o la toma de conciencia de la propia corporeidad y de la dignidad del cuerpo, sino también de "todo cuanto la gestación comporta a nivel de maduración del ser materno" (p. 282). Malagrino se pregunta hasta qué punto esta información está, hoy día, a disposición de las mujeres que se aprestan a firmar este tipo de contratos. Me parece obvio que la pregunta es retórica. En el mejor de los casos, la información que recibe la madre subrogada se refiere a los riesgos inherentes al embarazo, al tipo de intervenciones médicas que podrá sufrir, o a los cuidados que deberá introducir en sus costumbres, dieta, etc., incluso, al desarrollo del parto, a la posibilidad de cesárea, o al establecimiento de la lactancia. También puede que sea informada sobre el apego que puede desarrollar hacia su hijo, e instruida en las formas de evitarlo. Pero me temo que

nadie le hablará del significado ontológico de la gestación, de cómo un embarazo transforma la identidad de la mujer, de cómo se verá obligada a no dejar nacer a la madre que su hijo ha gestado en ella, a la que no existía antes de la firma del contrato.

Permanece, en cualquier caso, la pregunta de si, aún con esta información, debemos dar validez jurídica a la decisión informada de la madre subrogada. Esta última cuestión nos conduce, en definitiva, al último de los asuntos que el libro de Malagrino ilumina con sus reflexiones: la cuestión de la maternidad subrogada como forma de emancipación o como forma de esclavitud. La autora aborda los argumentos de quienes defienden la primera opción, afirmando que la idea de integridad del cuerpo corresponde a la imagen antropológica occidental, o, lo que es lo mismo, corresponde a una idea masculina del cuerpo y de su integridad. Así, la posibilidad de gestionar el propio cuerpo también en lo que tiene que ver con su capacidad reproductora vendría a significar la emancipación definitiva de la mujer (pp. 280-281).

Malagrino considera, frente a este argumento (y lo concibe como una conclusión de sus reflexiones sobre el embarazo) que resulta "legítimo equiparar la técnica de subrogación con una nueva forma de esclavitud" (p. 281). Y como no consentiríamos en dar validez a un contrato en virtud del cual alguien acordara convertirse en el esclavo de otro, aún cuando conociera bien todos los extremos del pacto, tampoco debemos dar validez a la autonomía de la voluntad cuando esta conduce a nuevas formas de esclavitud, como la subrogación.

En cualquier caso, el libro de Malagrino posee, a mi juicio, una virtud fundamental: provoca (al menos entre los que estamos más o menos implicados en el problema de la maternidad subrogada) una suerte de efecto eureka, un "así que era por aquí por donde deberíamos haber empezado...". E, incluso para los no familiarizados con la problemática ética y jurídica de la subrogación, esta fenomenología del embarazo, en tanto ejercicio filosófico y, por tanto, propio de la razón, hace, a mi juicio, mucho bien a un debate

cargado de emociones, sentimientos y deseos más o menos frustrados que pueden empañar la búsqueda compartida del sentido de la maternidad y de las posibilidades de su subrogación.

Como señalé al principio, la obra está concebida como un punto de partida para la reflexión sobre el embarazo. Resta sólo desear que así sea, y quizá, desear también que esa reflexión sea una razón encarnada, no sólo por razón de su objeto, sino también de su fin: necesitamos una filosofía que se haga cultura del embarazo. Una verdadera cultura de la gestación

que vaya más allá de la imagen moderna (científica) del embarazo (en la que, por cierto, la mujer es casi invisible); una cultura en la que se encarne y vivifique el sentido profundo del embarazo como experiencia de reconocimiento mutuo de nuestra identidad, re-encuentrada en el otro.

MARTA ALBERT  
*Filosofía del Derecho*  
*Universidad Rey Juan Carlos de Madrid*  
*marta.albert@urjc.es*